

mendarse, una enmienda ideal, imaginaria, y en solo proyecto. ¡*Quisiera!*... es decir que todavía no quieres, ó cuando mas, que solo tienes una voluntad á medias, indecisa, irresuelta. ¡Ah! si realmente quieres salir del mal hábito, no has de decir *quisiera*; sino *quiero*: y dicho esto, manos á la obra, no vacilar, no esperar, no perder el tiempo en deseos y en proyectos. Porque cuanto mas tardarás, mas hondas raíces habrá el hábito echado en tu corazon, y mas difícil te será arrancarlo.

El hábito, dicen los teólogos, es una cualidad fuertemente pegada á la persona, una disposicion terca y tenaz, que no se separa sino á duras penas: *Qualitas difficilè mobilis*. Esto quiere decir, que al hábito se le ha de quitar todo lo que puede favorecerlo, y se le ha de aplicar todo lo que puede contrariarlo. Y así, afuera ocasiones exteriores, que suelen ser las que lo conservan y lo fomentan: afuera aquel juego, que conserva el hábito de blasfemar; afuera aquella amistad, que mantiene la costumbre de fornicar, etc. De este modo, y esperándolo todo de la gracia de Dios, que nunca falta á los que la piden, triunfaréis del mal hábito, y os veréis libres de esa fatal costumbre que infaliblemente os conduciría á la eterna perdicion. Amen.

## DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUES

### DE PENTECOSTES.

*Lo primero que llama la atencion en el evangelio de este dia, es la cuestion que el Salvador propuso á los fariseos sobre la observancia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. Como desde luego se ve, este texto brinda á predicar de un asunto muy necesario, especialmente en parroquias industriales ó fabriles, cual es la santificacion de las fiestas. Este asunto puede proponerse en esta forma: «Refiere el evangelio, que comiendo Jesucristo con algunos fariseos en un dia de sábado, estos espiaban todas sus acciones, y observaban maliciosamente cuanto hacia, para ver si hacia algo que fuese contrario á lo que ordenaba la ley sobre abstenerse en tal dia de toda obra servil. Jesucristo, que conocia perfectamente las malas intenciones de sus enemigos, habiendo visto delante de sí á un hombre hidrópico, preguntó á aquellos maliciosos, si era licito curar á un enfermo en el dia del sábado: Et respondens Jesus ad Legisperitos et Pharisæos, dixit: si licet sabbato curare. A cual pregunta no habiendo ellos querido, ó mejor dicho, sabido contestar, él curó al enfermo, y le despidió. ¿Por qué Jesucristo propuso esta cuestion á los fariseos? ¿Dudaba por ventura él de que era permitido practicar una obra de caridad en dia de fiesta? Nada menos: la cuestion se la propuso á fin de enseñarles, que la santificacion de las fiestas no consiste en es-*

«tar ocioso y pasar el día sin hacer nada, como ellos pensaban, «sino mas bien en ejercitarse en obras de caridad y religion. «; Oh, cuántos cristianos participan de la opinion, ó mejor diré, de la ignorancia de los fariseos, creyendo neciamente que «los días de fiesta solo son para divertirse y holgar! No, fieles, las fiestas no han sido instituidas para esto, sino para «santificarlas, conforme nos lo dice Dios en el libro del Éxodo: «Memento ut diem sabbati sanctifices. Y si deseais saber cómo «han de santificarse, oidme atentos, que voy á declararlo con «toda la exactitud que conviene.»—Siga el cuerpo de la plática que hay en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 68.

A mas del texto sobredicho, hay otro que puede tomarse por tema de una plática sobre la santa Misa, y es aquel que está concebido en estas palabras: *Cùm invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco. Esta plática puede empezarse del modo siguiente: «Fue un día Jesucristo invitado á comer «en casa de uno de los principales fariseos, y fueron convidados tambien, sin duda para hacer mas ilustre el convite, algunos escribas y doctores de la ley. No obstante que ya antes de «sentarse á la mesa, el Salvador los dejó bien humillados, pues «no supieron qué responder á una cuestion muy sencilla que les «propuso sobre la observancia del sábado; hubo de humillarlos «todavía mas cuando, al llegar la ocasion de tomar asiento, y «viendo que escogian los primeros puestos, creyó conveniente «darles una leccion de política y urbanidad, explicándoles cómo «debían conducirse en un convite. Dejando ahora á los fariseos, y sacando del hecho que acabo de referir lo que pueda ser útil para vuestra edificacion, deseo enseñaros cómo «debeis conducir os cuando sois convidados á asistir á un convite mucho mas noble y espléndido que el que refiere el evangelio, cual es el de la santa Misa. Mas como para esto es menester conocer á fondo lo que es la Misa, cuáles son sus fru-*

«tos, y cuáles los medios de conseguirlos, por esto lo haré objeto de la presente instruccion.»—Siga el cuerpo de la plática puesta en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 76.

### La humildad cristiana.

Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur. (Luc. xiv, 11).

Para instruccion y aviso de algunos fariseos descorteses y soberbios, que tomaban los primeros puestos en un convite al que se hallaba presente el Salvador, dijo este la siguiente parábola: Cuando fueres convidado á alguna mesa, no te sientes en el primer lugar, no sea que entre los convidados haya alguno mas digno que tú, y viniendo el que os convidó á tí y á él, te diga: Cede tu lugar á este; y entonces sufras la vergüenza de ser puesto en el último lugar. Al contrario, cuando fueres llamado á algun convite colócate en el lugar último y á la cola de los demás convidados, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba; y entonces te veas honrado en presencia de todos los que estuvieren á la mesa. Porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será exaltado: *Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.*

Esta parábola que he recitado literalmente, y tal como salió de la boca de Jesucristo, no tiene otro objeto que hacer nos ver la grande importancia de la virtud de la humildad. Muchos la miran como una virtud frívola, despreciable y solo buena para gente pequeña y vulgar, siendo esta tal vez la razon de que apenas sea conocida en el mundo; pero Jesucristo declara en el evangelio de hoy, que es una virtud esen-

cial, necesaria, absolutamente indispensable para salvarse. Tenga el mundo cuanta prevencion quiera contra la humildad, mírela como virtud de escaso ó ningun valor : yo trato hoy de ponerla en el lugar que le corresponde, erigirle un altar, y darle toda la importancia que merece. A este objeto manifestaré tres cosas : su naturaleza, su necesidad y sus motivos.

¿En qué consiste, pues, la humildad? Hé aquí una pregunta que muy pocos cristianos sabrian contestar, y eso que la humildad es la virtud fundamental del Cristianismo. Muchos tomando la apariencia por la realidad, y la sombra por el cuerpo, piensan que la humildad consiste en usar un traje ordinario, en llevar la cabeza algo caída sobre el pecho, en tener habitualmente los ojos bajos, en hablar con voz baja y melosa, en hablar de sí con desprecio, en decir que se es un gran pecador, y cosas semejantes. No diré que estas cosas no puedan ser indicios de humildad, y de una humildad muy sólida y verdadera ; pero así como pueden ser señales de humildad, pueden ser tambien, y no pocas veces son, efectos de una soberbia oculta, ó por mejor decirlo, pueden ser la misma soberbia disfrazada con el manto de la humildad. Y que así sea en muchos, dice el Profeta, es fácil probarlo : no hagais mas que decirles una palabra humillante, y que hiera un tantico su amor propio, y luego veréis qué humareda levantan : *Tange montes, et fumigabunt*<sup>1</sup>. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la humildad no consiste esencialmente en nada de lo dicho.

¿En qué consiste pues? Consiste en un conocimiento íntimo de nuestra bajeza y de nuestra nada, á favor del cual nos

<sup>1</sup> Psalm. CLXIII, 5.

despreciamos á nosotros mismos, nos abstenemos de buscar los aplausos de los hombres, sufrimos resignados sus desprecios, referimos todo el bien que tenemos á Dios, deseando sinceramente que á él solo se dé todo el honor y toda la gloria. Esta definicion se comprenderá mejor, recorriendo los tres grados de humildad ; siendo de advertir que esta virtud, así como todas las otras, admite mas y menos, esto es, puede poseerse con mayor ó menor perfeccion.

El primer grado es, reconocer que de nosotros mismos no somos nada, y que si algo tenemos de bueno, es de Dios ; complacernos en este conocimiento, despreciarnos en nuestro interior, no apetecer la gloria humana, alegrarnos de que Dios lo sea todo, y nosotros no seamos nada. Este es el primero y el mas bajo grado de la humildad, por manera que quien no posee este, está enteramente destituido de esta virtud. Así, pues, los que se atribuyen á sí mismos las buenas cualidades que tienen, los que se envanecen de ellas en su interior, los que en el bien que hacen buscan los aplausos de las criaturas, los que no lo refieren todo á la gloria de Dios, no conocen ni en poco ni en mucho la humildad ; y son como Lucifer, que pretendia escalar el trono de Dios, y sentarse en el mismo lugar del Altísimo.

El segundo grado, que es como una emanacion natural del primero, consiste, no ya solamente en despreciarnos á nosotros mismos, sino en sufrir con paciencia que los otros nos desprecien, que formen de nosotros el mismo concepto que nosotros formamos, y nos traten como realmente merecemos. Este segundo grado es mas difícil que el primero ; porque si bien conocemos que somos nada, no suele sentárenos bien que los otros lo juzguen del mismo modo, y sentimos que nos muestren el desprecio de que nosotros mismos nos confesamos dignos.

El tercer grado de humildad, y que es como su complemento y última perfeccion, va mas adelante; pues no se contenta con sufrir con resignacion las humillaciones y los desprecios, sino que los desea, los busca y se complace en ellos. Debo advertir que Dios no nos obliga á tener una humildad tan heroica y perfecta, ni exige de nosotros que vayamos á buscar afrentas y humillaciones, y aun menos que nos complazcamos en ellas. ¡Dichoso el que ha llegado á este último grado de perfeccion, y que, como los Apóstoles, se alegra de sufrir contumelias por el nombre de Jesucristo! Pero lo que es un precepto, no lo hay; porque Dios, teniendo en cuenta nuestra fragilidad y miseria, no ha querido obligarnos á una cosa tan ardua y heroica. Para cumplir con el precepto de la humildad bastan estas tres cosas: 1.<sup>a</sup> que reconozcamos que de nosotros mismos no somos nada, y que cuanto hay de bueno en nosotros es un don gratuito de Dios: 2.<sup>a</sup> que no hagamos ostentacion vanidosa de las buenas prendas que Dios nos ha dado, ni busquemos por ellas el aplauso de las criaturas, sino que deseemos sinceramente que de Dios sea toda la gloria: 3.<sup>a</sup> que suframos con santa resignacion los desprecios que nos vengan de fuera, diciendo con los hermanos de José: *Meritò hæc patimur*, bien merecidos los tengo.

La humildad, tal como la acabo de explicar, no es una virtud de puro consejo, sino absolutamente necesaria para conseguir la salvacion. Y para daros de ello una prueba que no admita apelacion ni réplica, bastará aducir las palabras del mismo Jesucristo. Disputaban entre sí los discípulos sobre cuál de ellos habia de tener la primacia sobre los otros. ¿Qué hizo el Salvador para cortar aquella cuestion tan impertinente como vana? Llamó á un muchacho que estaba allí cerca, y poniéndole en medio de ellos, les dijo: ¿Veis á este niño? Pues yo os declaro, que si vosotros no os haceis semejantes

á él, deponiendo esos sentimientos de presuncion y orgullo que manifestais, no entraréis en el reino de los cielos: *Nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum*<sup>1</sup>. Tal vez me diréis que Jesucristo, ordenándonos hacernos semejantes á los niños, no pretendió precisamente que los imitásemos en la humildad, sino en otras virtudes propias de la infancia, como son la ingenuidad, la dulzura, el desinterés, etc. No diré que él no intentase recomendarnos todas estas virtudes; pero es cierto que la que principalmente nos recomendó, y de la que particularmente hablaba entonces, era la humildad. Pues ved lo que inmediatamente añadió: El que fuere humilde como éste niño, este será el primero en el reino de los cielos: *Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic major est in regno cælorum*<sup>2</sup>. Que es como si dijera: ser dulce, sencillo y desinteresado como este niño, es cosa buena y muy laudable; pero ser humilde como él, es cosa de absoluta necesidad para quien quiera tener parte en mi gloria.

La razon de esto es, porque, como dijo la Virgen en su famoso cántico, Dios ha acostumbrado siempre precipitar de su alto puesto á los soberbios, y levantar de su estado abyecto á los humildes: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*. Ya puede una criatura ser grande, noble y excelente: desde el momento que Dios descubre en ella el humo de la soberbia, la humilla, la confunde, la abate: *Deposuit*. Ya puede ser baja, pecadora y miserable: tan pronto como Dios advierte en ella sentimientos de verdadera humildad, le da su mano, la levanta con su gracia, y la conduce á un alto grado de gloria: *Exaltavit*. ¿Qué hizo con los Ángeles, criaturas tan nobles y perfectas, luego que notó en ellos los prime-

<sup>1</sup> Matth. xviii, 3. — <sup>2</sup> Ibid. 4.

ros síntomas de arrogancia y orgullo? *Deposuit*, los arrojó de su presencia, los precipitó de los altos tronos que ocupaban, y los soterró en lo mas profundo del abismo. ¿Qué hizo con Adán, hombre enriquecido con tantos dones, tan pronto como vió en él los primeros indicios de la soberbia? *Deposuit*, le derribó de su alta esfera, le despojó de todos sus dones y privilegios, y le redujo á la condicion mas abyecta y miserable. ¿Qué hizo con David, hombre tan santo y perfecto, desde el instante que vió que se levantaban en su espíritu pensamientos de jactancia y presuncion? *Deposuit*, le dejó de su mano, le permitió una caída vergonzosa, y le hizo conocer prácticamente su miseria y su nada.

Y no hay que admirarse de que Dios sea tan severo con los soberbios, porque de todos los pecados la soberbia es el que tiene con él una oposicion mas formal y directa. A él solo pertenece toda la gloria, porque él es el solo grande, el solo bueno, el solo santo; y todas las criaturas delante de él no son mas que lodo, basura y nada. Y por esto declara por Isaías, que toda la gloria ha de ser suya, que toda la quiere para sí, y que jamás la cederá á otro: *Ego Dominus... gloriam meam alteri non dabo*<sup>1</sup>. ¿Y qué hace el soberbio? Queriendo para sí la gloria, atribuyéndose á sí mismo lo que ha recibido de su Criador, mirándose como el autor de su mérito y el artesano de su fortuna, disputa en algun modo al Altísimo el título de soberano, se esfuerza á echarle de su trono, y pretende ponerse en su lugar. Subiré al cielo, dice como Lucifer, y seré semejante al Altísimo: *In cælum conscendam, ... similis ero Altissimo*<sup>2</sup>. ¿Cabe presuncion mas intolerable? ¿Es extraño que Dios le tenga tanto odio y tanta aversion? Pero tanto como Dios detesta á los soberbios, otro tanto se

<sup>1</sup> Isai. XLII, 8. — <sup>2</sup> Ibid. XIV, 13, 14.

complace con los humildes. No parece sino que la humildad es la única virtud que le hace amable una criatura; y que para él cualquiera otra virtud, sin la humildad, es humo, es vanidad, es nada. ¿Quiénes son en efecto los que él mira con mas agrado? ¿son los mas castos? ¿son los mas sóbrios? ¿son los mas penitentes? No, son los mas humildes, son los que se desprecian á sí mismos, y conservan siempre de sí una baja estimacion. ¿A quién pensais, pregunta él mismo, miraré yo con ojos de piedad y benevolencia? *Super quem respiciam?* Al que se considera pequeño, y es humilde de espíritu: *Super pauperculum, et contritum spiritu*<sup>1</sup>. ¿Y de dónde proviene, diréis, que Dios ame á los humildes con preferencia á todos los demás? El Espíritu Santo os da la razon; y es porque estos son los únicos que le honran verdaderamente, ya que á él refieren la gloria de todo lo que son y poseen: *Quoniam ab humilibus honoratur*.

No nos será muy difícil alcanzar esta virtud tan grata á Dios, si atentamente consideramos los grandes motivos que tenemos para practicarla. El primero es nuestra bajeza, nuestra miseria y nuestra nada; porque, como dice un profeta, si nosotros nos miramos bien, en nuestro mismo ser hallaremos motivos de humildad, y humildad la mas profunda: *Humiliatio tua in medio tui*<sup>2</sup>. ¿Qué hemos sido? ¿qué somos? ¿qué seremos? En el pasado, en el presente, en el porvenir ¿hay cosa que no nos humille y no nos confunda? Bien que tengamos algunas cosas buenas y laudables: ¿son nuestras? ¿son fruto de nuestra industria? ¿han salido de nuestro fondo? ¿Qué tienes, pregunta san Pablo, que no lo hayas recibido de Dios? *Quid autem habes quod non accepisti*<sup>3</sup>? Supon que Dios te quitase todo lo que graciosamente te ha dado, ¿qué

<sup>1</sup> Isai. LXVI, 2. — <sup>2</sup> Mich. VI, 14. — <sup>3</sup> I Cor. IV, 7.  
16 T. III.

te quedaria? De bueno nada. Pues si todo lo que tienes de bueno, tanto en el orden natural como en el de la gracia, es un puro don de Dios, ¿cómo te ensoberbeces de ello cual si fuese una cosa exclusivamente tuya? *Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis*<sup>1</sup>?

Otro motivo hay para humillarnos, y es el ejemplo de Jesucristo; quien, siendo Dios verdadero, y en todo igual al Padre, se humilló, se empequeñeció hasta tomar la forma de esclavo, como dice san Pablo: *Qui cum in forma Dei esset... semetipsum exinanivit... humiliavit semetipsum*<sup>2</sup>. La humildad fue siempre su virtud favorita, su amiga predilecta, su inseparable compañera. De ninguna otra virtud nos ha dicho expresamente que la aprendiésemos de él, sino de la humildad. Él nos ha dado ejemplo de todas las virtudes, y en todas quiere que le imitemos; pero respecto de la humildad ha añadido la exhortación al ejemplo, diciéndonos: Aprended de mí á ser humildes: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*<sup>3</sup>. No nos ha dicho: aprended de mí á hacer milagros, sino á ser humildes de corazon.

Otro motivo de la humildad, y que deseo lo mediteis despacio, es, que sin ella no hay virtud sólida y verdadera. Tú me preguntas, escribia san Agustin á un amigo suyo, tú me preguntas, cuál es la virtud que puede facilitarte la adquisición de todas las otras, y conducirte con seguridad á la gloria; y yo te respondo, que es la humildad. Esta es la virtud, mi caro amigo, que yo deseo ames con todo el corazon, porque es la única que puede proporcionarte lo que deseas. Lo he meditado bien, lo tengo bien reflexionado: y puedo asegurarte que el primer camino que hemos de tomar para llegar al cielo es la humildad, el segundo es la humildad, el

<sup>1</sup> I Cor. iv, 7. — <sup>2</sup> Philip. ii, 6, 8. — <sup>3</sup> Matth. xi, 29.

tercero es la humildad: y todas las veces que me preguntares cuál es el camino que conduce á la gloria, siempre te responderé que es la humildad. Todo otro camino es falso, es peligroso, y conduce á un precipicio.

¿Qué mas puede decirse, fieles, en recomendacion de esta virtud? ¿qué mas debo añadir para hacerla amable á todos? Voy á concluir con aquel excelente aviso de san Pedro: *Omnes invicem humilitatem sectate*<sup>1</sup>: amemos todos una virtud tan grata á Dios, tan recomendada de Jesucristo, y tan conforme á nuestra miseria y á nuestra flaqueza: *Omnes*. Todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, démonos á la práctica de una virtud que todo, como es debido, lo refiere á la gloria de Dios, que es el solo digno de honor y alabanza: *Soli Deo honor et gloria*. Amen.

<sup>1</sup> I Petr. v, 5.